

Revista de Literatura Hispanoamericana

No. 37 (1998): 139-157

Literatura indígena, lectura, escuela

*Quizás exista una función funeraria
del lenguaje Occidental*

Robert Jaulin

*Ángel Madriz Boscán
Escuela de Letras. Facultad de Humanidades
y Educación de L. U.Z.*

Resumen

El siguiente trabajo constituye una reflexión sobre la importancia del espacio escolar para la difusión de la expresión creadora de nuestros indígenas. Reflexión que al mismo tiempo concluye aseverando que la identidad de los mismos puede ser reconocida plenamente en toda su magnitud con el estudio sistemático de sus manifestaciones literarias dentro de la escuela desde sus primeros niveles y modalidades, utilizando los instrumentos propios de una realidad escolar que debe proponerse la lectura como vía esencial para la obtención de conocimientos.

Se llega a la conclusión casi reiterativa de que debemos ver el pasado como una etapa a partir de la cual se conformó la complejidad racial y cultural que hoy significamos y no como una etapa a la que debemos acudir para encontrar razones que justifiquen una existencia llena de resentimientos, odios y escollos que imposibilitan ver la síntesis continental del pueblo americano a la que pertenecen también todas sus etnias actuales, proponiéndose entonces, la escuela, como el espacio fundamental en donde debe comenzar a vérselas como parte cultural, social e histórica de lo que es el hombre americano, a partir del estudio de su literatura como expresión discursiva que las identifica.

Palabras clave: Escuela, etnias, literatura indígena, expresión creadora.

Indigenous Literature, Reading and School

Abstract

The following paper presents thoughts on the importance of schools in the diffusion of the creative expression of our indigenous populations. These thoughts at the same time conclude with the affirmation that the identity of these people should be fully recognized in all of its magnitude through the systematic study of its literary manifestations in school from the very first levels, utilizing the instrument which pertains to the educational reality, readings, as the principle means of obtaining this knowledge.

It also concludes reiteratively, that we should see the past as a base from which we conform the racial and cultural complexity which exists today, and not a stage to which we must recur to find the reasons which justify a reality full of resentments, hatreds, and stars which make impossible a continental synthesis of an american people to which all the the indigenous groups also belong. We propose then the school as the fundamental space where we can begin to see these indigenous cultures as part of the social and historic culture which defines the american man, basca un the study of indigenous literature as a discw^i^e expression of that identity.

Key words: Schools, indigenous groups, indigenous literature, creative expression.

1. **Literatura y conocimiento de la historia**

La historia nos define al mismo tiempo que ella es expresada por nuestra particular forma de ser culturalmente. No vivimos de espaldas a la totalidad del ser en su devenir pragmático y abstracto. Existimos en constante ascenso y disyunción, con inevitables caídas que se producen como soluciones inevitables a nuestras contradictorias formas de

existir, pero solemos levantarnos como nuevo objeto existencial existgiéndonos una definitiva ostención de la realidad en la que nos justificamos. Cuando el hombre decide abrir sus herramientas culturales para doblegar los escollos que puedan abrumarlo y en definitiva quebrantarlo y anularlo, descubre más poder en la acción de su potencial constructor-creador que en los especímenes de la ignominia, el odio, la traición, la

humillación y la muerte. Basta con mirar el universo y aprehender la eternidad de sus confines - en una especie de metafísica, dirían algunos, del hombre histórico-, para concluir diciendo que lo único que puede definir a la vida humana como una fuerza que reconstruye la realidad y al mismo tiempo se reconstruye histórica y socialmente es la creación, por ser ella la posesión legítima que perdura con el ser humano (ya lo decía William Yeats en su ensayo **Magia y poesía**). Debe el hombre, entonces, ser abordado históricamente a partir de su espíritu creador y no a partir de su disposición para destruir, a pesar de la paradoja que implica en múltiples culturas la construcción a partir de la destrucción. Lo primero define las posibles circunstancialidades de lo segundo. Es decir, el hombre asume su rol en la destrucción, cuando las posibilidades de la expresión creadora son desplazadas por una especie de coyuntura de silencio-vacío sensible.

Siempre hemos asumido un estado de conmiseración cuando echados una ojeada escrutadora a nuestra historia. Nos deshacemos en un prolijo discurso lacerante que llora la pena de la muerte. Y cuando se trata de descubrir el tránsito cultural de nuestras culturas indígenas, el mismo raya los bordes del dolor insosportable. Buscamos culpables, ex-

terminadores, etnocidas. No es que se trate de ocultar, ignorar u olvidar que el encuentro de nuestro continente con las fuerzas avasalladoras del europeo fue abrupto, despiadado y traumático, dada la forma de imposición cultural que estos practicaron. No pueden obviarse las razones indiscriminadas con las que se llevó a cabo el saqueo de nuestro continente. La historia ha hecho registros testimoniales y estadísticos de esta etapa (Cf. Historia **de las Indias de Fray Bartolomé de Las Casas y Las venas abiertas** de América Latina de Eduardo Galeano). Sin embargo, si no la comprendemos en toda su dimensión, queda la acción convertida en discurso reiterativo mortuario, por lo que la reconstrucción del ser potenciado que origina la misma, se debate entre la imposibilidad que dicho discurso impone como visión total-única del proceso y la necesidad de transformar lo insurgente en expresión de un nuevo nacimiento que recupere y reivindique lo insalvable, lo inevitable y finiquitado. Debido a esto resulta inaplazable la instauración, por vía de la acción y condición "**contemporánea**" (como apunta Rodolfo Mondolfo, 1960) de la historia, de un discurso alternativo que nos permita rescatar una conducta perdida, que durante el "encuentro" fue circunstancial, para hacer de él la razón de considerarnos alternativa cultural.

Frente a la expresión del dominante no hubo expresión alternativa pragmática del dominado que introdujera la fuerza necesaria para equilibrar el proceso de relaciones que comenzaba a establecerse, y es que el imperio de la palabra-acción del ocupante comenzó a imponerse sin el esperado respeto por la palabra-pensamiento de quien era ocupado sin razones significativas que lo justificasen como tal. Creo que al final triunfa la fuerza de un discurso limitado por la razón extraña, extrañadora y extrañante. Triunfó sobre la expresión de un mundo que sólo esperaba, de la palabra, la fuerza para vivir en **"alianza con el universo"** (de acuerdo con Robert Jaulin, 1973).

No es momento para defender, justificar o lamentar los resultados de una situación que, por causas inherentes a su naturaleza de proceso de encuentro cultural, permitió el resultado de lo que es hoy nuestro continente (según palabras de Carlos Fuentes, 1993), un **"continente multirracional y policultural"** que debe rescatar su memoria y vigenciarla para la elaboración consecución de un nuevo modelo de desarrollo cultural. Y esto no podrá ser posible viviendo a la luz de un eterno lamentar histórico. Ahora bien, **"... el desarrollo histórico de los pueblos marca el camino y el desarrollo de la cultura"** (dice Manuel Suzzarini, 1988) y nuestro de-

sarrollo histórico, aun. a pesar de un encuentro coyuntural que no pudo superar el esguince de una raza acuciada por el discurso del poder, permanece estatizado por la expresión del odio, la sumisión y el miedo. Todo, evidenciado por un silencio que ha superado los siglos y permanece incrustado en una especie de deber ser pasado, caduco y extemporáneo. La expresión creadora y en -con ella la ficción, es la única vía para saltar al porvenir y salir ilesos de cualquier derrota, humillación y posible fenectud. De allí que la única posibilidad de repotenciarnos desde nuestro pasado y reconquistar ese porvenir, más fuerte que nunca, es a partir de una indagación de nuestro ancestral, auténtico y olvidado discurso, lo que nos permitirá un reencuentro con la razón de ser de lo que hoy es la muestra de una forma de ser expresiva que, de alguna manera, como modelo para el mundo, está emparentada con nuestro más "doloroso" pasado.

Para hablar entonces, de **Literatura Indígena**, debemos deshacernos de todos los resentimientos que nos impidan asumir la misma como la expresión desde la cual podamos reencontrarnos con la historia y su proceso de devenir, hoy, culturalmente, dentro de un país en búsqueda de su futuro. Propongo para ello una lectura de la misma, como el camino más auténtico para reconocer-

nos, reiventarnos y extendernos a los misterios de la belleza existencial que es la razón de ser de nuestra existencia. Literatura y solamente ella, con todos sus misterios de vida y redención. Literatura que pondrá en evidencia el discurso de la muerte y permitirá la entronización de un discurso de la existencia, cuando sea asumida sin temores, odios o complejos naturales y reconocida parte integrante de un producto humano-cultural que resultó del mestizaje cromático, aromático, accional, axional y, por lo tanto, lingüístico.

Las páginas que a continuación siguen, parten de la necesidad de iniciar el viaje por el universo literario indígena, proponiendo que será desde la escuela desde donde podemos, en definitiva, comprender que el trabajo expresivo de nuestros indígenas está dentro de ese mundo impenetrable y misterioso del que hablaba Azorín, y desde el cual podemos nosotros, como no pudo el europeo de entonces, encontrarnos con lo que hacía de nuestro continente un mundo para su convivencia con el universo, lo que al final será la piedra angular de un modelo pedagógico que desmitificará el viejo concepto de un **Universal**, extraño a nuestra realidad, que ha impedido el verdadero disfrute y conocimiento de lo que fuimos-somos como seres surgidos para la creación y la vida. Sería esto un golpe certero al viejo

esquema valorador que impone a nuestra literatura el visto bueno de la proyección cultural occidental, de la que somos, afortunadamente, parte activa, pero que debemos comenzar a reconocer con nuestras propias necesidades y realidades más definitivas. Propuesta que al mismo tiempo nos permitirá conocer al "otro", lo que se convertirá en la fórmula para el mundo de lo que somos y debemos-tenemos que ser nosotros, al comprendernos parte, también y muy afortunada, de ese otro. Y, por último, llegar a la verificación de que nuestra literatura indígena es la expresión de una forma de vida, que es el estilo **en sí mismo**, asumido por los que la leemos y la reconocemos parte de nuestra totalidad cultural, desde donde ella nace como posibilidad lingüística que puede ser asumida, verificada y proyectada.

2. Literatura indígena y escuela

Es indudablemente la escuela un espacio que hoy, dada la quiebra casi absoluta de su valor fundamental como recinto vital y de felicidad, resulta el escollo que hace del hombre un ser debatido en disyunciones ideológicas infortunadas. Lejos está de ser ese paradigma significativo institucional para la consecución del saber liberador de las armas del humanismo existencial que, al mismo tiempo, permitía reconocernos como parte integrante de un proceso que

nos requiere para terminar de definirse. Es, en cambio, un sitio para desmembrarnos la concepción integral que como seres humanos sensibles podemos mantener y estructura de un mundo en constante asedio y ascendente extrañamiento. Es, por tanto, nuestra escuela, un cuerpo sacrificado por el discurso devaluado de una academia que se concreta en la inacción histórica, cultural y vivencial. El hombre, pese a ella, ha podido soportar los influjos de dicha impunidad y mantiene los misterios de la creación incólumes para poder responder agresiva, incontenible y amorosamente, a una realidad que brinda la oportunidad para la reivindicación histórica. Es el caso de la acción creadora. Esta se apoya en su condición de registro del ser histórico, a pesar de su inherente solidaridad con el deber ser, para darnos la visión más exacta de todo el comportamiento humano y de todas las alternativas presentadas para su visualización del porvenir, dentro de las esferas de un discurso que no atenta contra la cotidianidad a pesar de las transgresiones que significa como concreción del pensamiento, el afecto, la razón y el pragmatismo. **"Como producto histórico el hombre va generando cultura que en definitiva no es otra cosa que una síntesis del proceso histórico"** (Suzzarini, 1988) e inevitablemente llega a convertirse en elemento de

choque una vez que, convertido en constructor de una historia que reversiblemente lo construye, culmina expresando sus irrevocables formas de pensar y de sentir el proceso, lejos de las instancias del poder discursivo que lo atormenta dentro del pensamiento ejercitado por la voz de la desesperanza institucionalizada en el dominio. De allí que, por inclemente que parezca el ejercicio del poder, éste queda en evidencia ante la potencia desencubridora y desordenadora de la creación. Esta reordena dicha relación y la convierte en la expresión de una forma de ser que espera su reconstrucción. Sobreviene la síntesis y nos damos cuenta de la necesidad de saltar sustancialmente a la ficción, eje de la libertad. Creo que ha sido toda la historia de la lucha del hombre por alcanzar su dignidad.

Cuando hablamos de la escuela pensamos en el espacio para debatir las posibilidades de dicha síntesis. El pasado, presente y porvenir son las escalas de una memoria que requiere la oportunidad del demiurgo para terminar su concreción. Aquí, la Literatura juega un papel fundamental. Es el hombre y sus múltiples formas para definirse como fundamento del universo. Es la totalidad del ser histórico-cultural haciendo acto de presencia para tomar revancha contra la negación discursiva del vacío. No hay mejor ni más

auténtico camino para asumir nuestro compromiso social y cultural. Pensamos por lo tanto que frente a una actitud de compasión, indefinición -la sobreestima y el perdón racial son sus expresiones- y miedo asumida históricamente ante las culturas indígenas, debemos adoptar o revertirla en un estado de acción concedora real. Ante esa vieja y reiterativa forma de expresar los odios de un pasado hecho a medida del contexto que lo definió y en lugar de deshacernos en una especie de madre-padre que llora la muerte del hijo que apenas comenzaba a conocer, debemos iniciar, y aquí entra en juego la significación de nuestra escuela, a modelarnos una oportunidad para reconstruir dicho pasado, desde las esferas del amor, la honestidad y la necesidad de un futuro desagraviado por nuestra síntesis histórica en la que somos, hoy, una expresión y precisión de ese ayer.

Cuando pensaba y reflexionaba (Madriz, 1998) en una nueva forma de concebir la enseñanza de la Literatura, lo hacía, lógicamente, a partir de una forma diferente de poder conocernos al hilo de lo que soñábamos, creíamos y construíamos desde nuestros límites culturales e históricos que, parte esencial del universo es y significa. Concluía que solamente a partir de una novedosa concepción de lo que la Literatura debía -por serlo- significar para nosotros

en los primeros, segundos y terceros estadios de la vida, como expresión o proceso-producto cultural complejo, estaba la clave para reencontrarnos con nuestra historia. Y es que la Literatura es esa memoria total que nos da vigencia, autentifica y expande para la síntesis histórica de la que hablamos. Y es aquí donde comenzamos a precisar los elementos de un discurso frágil-fragilizador de nuestra verdad y de nuestra existencia: el concepto **de Universalidad**. Traigo entonces un viejo recuerdo. La voz del poeta Briceño Guerrero, quien sabiamente pone en evidencia esta categoría por considerarla, significativamente, una suerte de circunstancia política escuálida que cae afásica ante la voz de cada ser humano existiendo, hablando, expresando y muriendo sin respetar el tamiz de la convención, el poder y la institución. De allí que consideremos importante lo dicho por Esteban Emilio Mosonyi (199) para todo lo que venimos exponiendo: "**Los pueblos son diferentes en sus formas de vida actuales pero tales diferencias son transmisibles y comunicables a otros conglomerados humanos, con lo cual se establece, al menos potencialmente, una dialéctica intercultural en provecho de todos**". Es esta la clave para llegar al hallazgo de una especie de escuela en donde lo literario indígena permita reconocer el proceso desde

donde partimos y del cual el indígena, voz ancestral de nuestra razón actual, se permitió existir, a través de la transitoriedad del saqueo, para devenir lo que hoy es: memoria y esencia de nuestra verdad cultural y racial. Y continúa Mosonyi: "Cada **pueblo puede dar a conocer su acervo a todos los demás, por los cuales éste sería parcialmente acogido, modificado, internalizado y eventualmente devuelto a su fuente original, de modo que se va produciendo un enriquecimiento de todas las personalidades colectivas que intervengan en ese diálogo**", por lo que no encuentro razones para alentarnos en uña reinstauración del modelo universalista que, dentro de toda la escuela venezolana, propone como paradigma cultural único e insuperable, la expresión y el discurso de una Europa que hoy sigue desconociéndonos (a pesar de que asumen las lecturas y las propuestas discursivas de nuestras voces continentales) y que vive manteniendo dicho modelo como instrumento dominador, sin aclarar que el mismo deja de sernos extraño a medida que se considere nuestro propio producto cultural parte integrante de dicha universalidad. Mientras, seguimos deshaciéndonos en pedazos de tristezas, cuando aquellas voces culturales que han sufrido las consecuencias de la descivilización siguen todavía desconocidas por nosotros, a

pesar de que se produce en la actualidad -según datos suministrados por el antropólogo francés Robert Jaulin, 1977- un ascendente crecimiento demográfico y que, de acuerdo con sus estudios, el mismo se debe **al "perceptible estado de decadencia de la civilización occidental"**

Es necesario, por lo tanto, que comencemos a reconocernos parte integrante, aunque diferencialmente expresados por nuestro proceso de formación cultural e histórica en nuestra voz cotidiana-afectiva-intelectual, de un continente que requiere urgentemente ser redefinido desde sus raíces más antiguas y éstas están emparentadas y tipificadas actualmente por la Literatura de nuestros indígenas. Ella, desde la oralidad como pertinencia cultural expresiva, hasta la escritura como expresión occidental de dominio; desde la intimidad que los alentaba a vivir en consonancia con el universo, hasta la agresión por el ocupante; desde el discurso de un cosmos que los escuchaba, hasta la sordera de un discurso sustentado por la posesión. Esta acción será posible en, desde, por y para una escuela que permita partir de la lectura de lo nuestro, para hallar el hilo conductor de un proceso en el que la voz del otro se hizo inevitable y se convirtió en la conclusión de un continente mestizo, conservando la savia de amor por los astros. Procedimiento escolar que

nos brindaría la oportunidad de conocer una realidad indígena que entonaba el canto rítmico del universo y que en la ocupación supo detenerse para no terminar abrumado por la nada. De lo intercontinental a lo extracontinental. Sólo así podremos levantar la coraza para detener un proceso descivilizatorio que aún tiene persistencia desde la proyección cultural occidental.

3. La lectura del otro: **el conocimiento de nosotros**

La muerte del otro acarrea una muerte de mi memoria. El otro es la razón de ser de mi existencia. No puede haber un YO sin un ÉL que lo verifique. El otro da la posibilidad de mi legitimación. Esta afirmación sirve de síntesis explicativa del distanciamiento racial al que hemos sido sometidos a lo largo de nuestra historia y que queda evidenciado, al mismo tiempo, por la insistencia en la que se sustancia la acción de las políticas axiales a las que han sido reducidas las manifestaciones de nuestro pasado cultural, en donde sólo ese insulso de la piedad y la conmiseración por nuestro origen, mantiene una serie de referencias, más folklóricas que de autoidentificación y que, al no ser asumidas por la génesis de la totalidad continental en la que hoy nos debatimos, puede resultar, al final, un desconocimien-

to y extrañamiento del proceso, el cual nos remitiría siempre a un presente que no tiene conexión más que con una historia patria -esa de la que habla Germán Carrera Damas en su libro **Una nación llamada Venezuela-** que todo lo define a partir de un nacimiento histórico occidentalizado. Claro, con toda esa actitud de dueños de nuestra verdad podemos, sin escrúpulos de ninguna naturaleza, justificar la mendicidad, la vagancia y el etnocidio al que han sido sometidas algunas etnias. Mientras no haya un conocimiento integral de la existencia cultural-histórica de los pueblos indígenas americanos, terminaremos siempre por reducirlos a nosotros mismos, sin tomar en cuenta que tal acción, más que el resultado impositivo de la palabra integradora del discurso dominante, debe ser el resultado de una interrelación en donde el conocimiento de uno y otro, por parte de todos, lleve a la irreductible vivencia de la totalidad cultural que en un momento de nuestra historia fue impulsada, aunque con las nefastas armas del exterminio. Ya lo decía Robert Jaulin en su libro **La paz blanca: L6...será mucho más fácil comprender lo que fue nuestro pasado y lo que será nuestro futuro si lo reducimos a «imágenes» teóricas susceptibles de ser elaboradas merced a la capacidad de otras culturas"**, y aquí la labor de la es-

cuela es fundamental. He pensado mucho que la enseñanza será, dentro del siglo que estamos prestos a comenzar, el paradigma fundamental para concluir nuestra definición continental. Y es que ella es la única vía práctica para entrar en contacto con una totalidad en donde, al final, concluiremos en un conocimiento del otro como la síntesis histórica que requerimos: diferenciarnos para conocernos a nosotros mismos. Ahora bien, "La verdadera **indigeneidad de las futuras civilizaciones sudamericanas se inventará, se descubrirá en el porvenir y no en el pasado** y, por tal **razón, extraerá la mayor parte de sus fuerzas de las raíces menos tocadas por la «época blanca»**" (Robert Jaulin, 1973), por lo que la reflexión propuesta nos pone de nuevo en contacto con la expresión literaria. Ya hemos dicho que, dado el carácter totalizador de la misma y como camino de redención, libertad y definición humana, es ella la más auténtica heredad para poder llegar a la comprensión también total, de lo que somos, fuimos y seremos. Y muy a pesar del proceso de conformación de una Literatura hoy, sólo a través de un conocimiento del lenguaje del ayer, en su contexto, podremos terminar sabiéndonos hijos de una cultura que jamás, pese a la depredación del discurso accional ocupador, terminó su vida de expre-

sión para recordarnos nuestra condición racial y por ende cultural. Y ella está, ahora más que nunca, de nuestro lado, presta a actuar con el sortilegio propio de su discurso macerado por los astros, a pesar de la lengua de los años.

"**El hombre** -escribió José Martí en su ensayo **Los indios en los Estados Unidos- crece con el ejercicio de sí mismo como con el rodar crece la velocidad de la rueda; y cuando no se ejercita, como la rueda se oxida y se pudre**" y nosotros, definitivamente, estamos experimentando las inclemencias de una oxidación y podredumbre que resultan de un no ejercitarnos con la totalidad expresiva-axional humana -a la que de paso pertenecemos ya a lo largo de nuestra conformación existencial- de donde podamos asumir una actitud diferenciadora de nuestra condición actual. Pero para poder llegar a la encrucijada diferenciadora y poder tomar el camino correcto, debemos, lógicamente, considerarnos totalidad cultural, lo que en la síntesis nos aclarará el concepto diferenciador como una categoría-abstracción que definitivamente nos llevará a la concreción de nuestro sentido de pertenencia. De lo contrario, seguiremos en un constante desconocimiento del otro y por supuesto de nosotros mismos. Por lo tanto, una forma de ejercitarnos en procura de la comprensión de dicha realidad,

que nos definirá a partir del conocimiento del otro, es abordando el discurso que los indígenas han mantenido a lo largo de todos estos siglos, en una especie de actitud de pertenencia a esa totalidad, a la que actualmente, podemos definir como **Literatura Indígena**. Sólo el reconocimiento de ella podrá brindarnos la posibilidad de conocer, a su vez, lo que ha permitido su existencia, a pesar del empuje civilizatorio que ha comenzado a quebrarse como modelo social.

¿Y la escuela? Lo expuesto nos lleva a la exigencia de un nuevo modelo pedagógico que, en una redefinición de sus contenidos a estudiar y de sus contenidos a alcanzar, y con la implementación de novedosas actividades para el logro de los mismos -a ellos inherente-, pueda permitirnos la transgresión de esa vieja categoría **Universalista** que tanto ha enajenado nuestras pertinentes formas de concebir el mundo, en una especie de vehículo para llegar al diferencialismo de lo que somos y podemos llegar a ser. Ya lo he propuesto en otras oportunidades. Nuestra programación curricular, para la enseñanza de la Literatura, surge de una imposición-aprehensión del modelo pedagógico-estético occidental europeo que, muy bien estructurado, inmiscuye nuestra creación en sus imposiciones-aprehensiones sin tomar en cuenta

algunas pertinencias culturales e históricas, terminando por enajenar, indiscriminadamente, nuestra expresión estética, ideológicamente extrañadora. Es el caso del estudio de la literatura indígena de nuestro continente. El Popol Vuh, por ejemplo, es presentado como obra épica, al estilo de la gran épica greco-latina y de la epopeya medieval española. O el caso de la poesía nahuatl o quechua, que son definidas como obras líricas al estilo de la más hermosa lírica del siglo español. Y no es que debemos resaltar posibles diferencias con Garcilaso de la Vega, Manrique o Góngora; sin embargo la lectura de las mismas no puede sortear espacios, emociones y actitudes y quedar reducidas, circunstancialmente, a conceptos que sustituyen sus sustancias inaprehensibles en aras de una abrupta universalidad globalizante. Por lo demás, surge un vacío que lejos está de poder identificarnos a partir de la creación de nuestros grupos étnicos, que tenían en la oralidad una forma de existencia societaria, quedando así reducida a un esquema conceptual ético-estético fundamentado con un absolutismo de la escritura. Es entonces el momento para impulsar un modelo que proponga la lectura y la asunción de toda esta literatura, con lo que despertaríamos de nuestro letargo histórico y sus prácticas alienantes, para reivindicar nuestra particu-

laridad cultural que, a través de la Literatura se hace totalidad humana. Porque como dice Teun van Dijk (1989): "El estilo **de un texto, que se plasma en la «forma» y en el «contenido» de cada oración como en la «forma» y el «contenido» de todo el texto, parece estar íntimamente ligado a... [una]... estrategia comunicativa**", y esta «estrategia», es, en la Literatura indígena, expresión fiel de una manifestación en constante alianza-solidaridad con un universo que debía ser interpretado a razón de un espacio que los justificaba, justificaban y justifican por-para un todo del que fueron expulsados como violadores de un discurso del exterminio. Solamente es posible, por lo tanto, rescatar el concepto de totalidad racial a partir de un reconocimiento de la literatura como depositaria de la razón de ser y de existir del indígena, sin olvidar que en la misma está presente la voz de quien, desconociéndose parte del universo, al desconocer al otro que éramos también en parte nosotros hoy, pervirtió un modelo que hubiera podido responder a una cosmovisión concretada por la sensibilidad, la solidaridad, el respeto y la necesidad de amar para construir, desde la más profunda oralidad y desde la más hermosa acción escritural. Son estas las ideas del poderoso misterio »» hace de la Literatura indígena .pericana digna de la más alta consi-

deración Ético-Estética y de la más satisfactoria práctica de lectura placentera. Y con ella saltaremos a la consecución de un sentido de pertenencia en alianza con un universo por todos compartido.

4. Literatura, lectura, símbolo y conocimiento cultural

El poder del símbolo está, indiscutiblemente, emparentado al poder de la palabra poética y consecuentemente, al influjo del pensamiento estético, por ser una herencia del razonamiento y la palabra cultural del hombre que define el mundo y sus contornos extrínseca e intrínsecamente. No puede haber registro del pasado, como cuerpo viviente de experiencias actualizables, si antes no ha sido definido, aprehendido, reordenado y reconstruido la sustancialidad de dicho pasado en toda su condición existencial humana cultural. Pensamiento, acción, axioma y expresión. Palabra, pensamiento y vida. Símbolo modelador de todas las instancias comprometidas para un presente-pasado-futuro que será siempre la eterna novedad de la palabra creadora. Y si nos detenemos en una congregación de evocaciones sobre la existencia, podríamos darnos cuenta de que el símbolo, en su relación contentiva de significación formal y sustancial, recoge toda la historia que nos compromete como

seres actuantes en su ordenación de la realidad. Es el poder intensivo que nos permite una interpretación extensa de las maniobras totales del devenir humano. Cultura y naturaleza. Pensamiento y origen.

Desde siempre la Literatura ha estado en eterna consonancia con el origen del hombre. Con la voz inicial. Con el razonamiento primero. Con la expresión primigenia. No hay lugar, por lo tanto, para detenernos en una duda metafísica que nos lleve a la conclusión de que existe -y ha existido- una relación comunicacional entre el poeta de hoy el poeta de siempre. Ninguna obra literaria ha surgido en un acto que no implique complicidad con el pasado-presente recurrente. La voz del poeta primitivo se continúa en un acto de evocación eterna, por ser la instancia inicial que delineó la naturaleza de la expresión poética, en un acto de reconocimiento del mundo y a través de un acto dominador de la violencia natural. Voz que delineó, sustancializó y concretó el nombre del universo y su disyunción terrenal. Resolución conflictiva del conflicto del hombre que se pelea con el mundo. (Tal y como lo expresa George Thomson en su libro *Marxismo y poesía*). Y es que desde el origen, el hombre, debido al asombro que le causaban los escollos y las hostilidades de la naturaleza que se plantaba como su hábitat en ex-

pansión y consustancialidad existencial, tiene que buscar una posesión que le permitiera una reciprocidad creadora, por lo que trata de hacerla definitiva en su reversión para una existencia sin traumas. La aprende y comprende que "el **conflicto entre sociedad y naturaleza, base de la magia, está permeado por el conflicto entre individuo y sociedad, base de la poesía**" (George Thomson, 1969), por lo que su resolución debe ir emparentada con la literatura, en un acto de definición paradigmática identificadora de la existencia y aquí el símbolo, como instancia concretizadora del poder definitorio, se levanta para permanecer como referencia histórica. Potencialidad de una forma de acción reductora del caos. Bujía fundamental que, en cuerpo, voz, acción y pensamiento se hace palabra, canto, trabajo y axioma. Magia, poesía y existencia. Símbolo para la recurrencia de la resolución recurrente en la existencia del hombre. Ya nos lo decía William Yeats en su ensayo *El símbolo de la poesía*: "**Yo no puedo pensar hoy que los símbolos sean, entre todas las fuerzas a que se recurre, inferiores a la de mayor potencia, lo mismo si son empleados de una manera consciente por los maestros de la magia, que de una manera semiinconsciente por sus sucesores, el poeta, el músico, el artista**". Porque de alguna

forma la historia del símbolo está unida a la historia de la poesía, que al mismo tiempo es también, de alguna manera, la historia de la magia y de la creación literaria solucionando el conflicto hombre-mundo. Paradoja histórica a la luz de la historia de las ciencias. Pienso que es muy parecido el caso a la concepción del símbolo como concepto psíquico definitorio de lo real, a través de la expresión onírica. Ya Bachelard nos lo decía cuando daba importancia al poder de lo imaginario como expresión de una renovación en la concepción imaginaria del mundo. Proponía, por lo tanto, la capacidad de imaginar como un acto transformador de imágenes, y al mismo tiempo impulsaba la posibilidad de alejarnos de la univocidad eterna de la misma, que se convierten, inevitablemente por acción de lo real, en un mero acto perceptivo. Porque imaginar -y de hecho el producto de su acción- es un acto de valor humano en la medida en que sea capaz de extender **su "aureola imaginante"** según palabras propias del filósofo francés-. Aquí el poder del símbolo entra a formar parte del acto imaginario, siempre que sea capaz de reconocerse como concepto para el análisis y como valor recurrente para interpretar el mundo. Valor profundamente parecido, desde su acción definitoria, a lo que Jung llama Inconsciente Colectivo. Y

en ambos, como expresiones de una concreción simbólica de los valores que han definido al hombre a través de los tiempos y en constante comunicación con el origen. La eterna metáfora de la que hablaba Eliot. Podemos entonces terminar diciendo que en la Literatura, de alguna forma, se opera esta manera de solucionar los conflictos del hombre y sociedad, a través de la palabra expresiva, en un intento por solucionar los conflictos entre naturaleza y sociedad, en donde él, lógicamente, ha existido como disyunción racial, cultural y humana, de frente a la expresión del ocupador. Veamos.

En toda la Literatura Indígena, recogida en la tradición escrita, tenemos toda una elaboración simbólica que nos permite la lectura del mundo, inicialmente desconocida por la expresión pragmática del conquistador, pero que ha permanecido incólume como la expresión de toda una forma de ser existencial que de alguna manera hoy, es una forma de reconocer una conducta, visión del mundo y formulación de la naturaleza en franca definición de sus relaciones con la génesis humana. Símbolos que leídos en pos de la consecución-reelaboración de sus misterios, resultan un cuerpo orgánico de expresión en donde se revela la resolución de una relación conflictiva, la cual siempre ha caracterizado al ser humano y le han permitido, a su

vez, el conocimiento de una condición étnico-cultural que de alguna manera tiene las mismas disyunciones, posturas y axiomas de la raza inicial que coyunturalmente la negó y la destruyó. si pretendemos una lectura de esta Literatura, no podemos obviar algunas actitudes y modelos lectores, aunque elaborados bajo el lenguaje institucionalizado de la norma explicativa occidental, operan también para el hombre que al cruzar los mares también se debatía, aunque bajo pertinencias accionales de raza, bajo los mismos conflictos y con las mismas aspiraciones. Enclaves simbólicos que al asumir la lectura, nos sorprenden con la presencia de una especie de subyacencia cultural similar ante los misterios naturales. Símbolos y sólo símbolos emparentados con la psiquis del hombre primigenio y de donde resulta eso que William Blake llama "estados **de existencia humana**". Ya Yeats nos lo revelaba. "Todo aquello **en torno a lo cual se han reunido los fervores o pasiones de los hombres se transforma en símbolo en la memoria grande, y en las manos del que tiene el secreto, obra maravillas y evoca ángeles o demonios. Hay símbolos de todas clases, porque en el cielo y en la tierra todo está asociado a otras cosas, trascendentales o triviales, dentro de la memoria grande, y nadie sabe qué**

hechos olvidados han podido empararlo en las grandes emociones...", esto, afortunadamente, nos permite erigir un pensamiento único de lectura para la literatura en general, ya que siendo el símbolo la potenciación del pensamiento que le ha dado forma a lo amorfo, que le ha dado sentido al vacío, que ha iluminado las sombras del ser y que ha movilizado las inertes fuerzas de la existencia en una especie de discurso verificador de la historia del hombre, podríamos encontrar la posibilidad de aprendernos a nosotros al mismo tiempo que leemos al otro, allende los mares y dentro de nuestra policultural y multirracial existencia que, por otra parte, conjuradas por el peso de una historia por todos construida, nos llevaría al conjuro de las también particularidades diferenciales, al conocerlas como parte de dicho proceso histórico. De allí que la escuela sea fundamental para conocernos a nosotros unidos a las etnias que hoy se hacen expansivas -a pesar del etnocidio contemporáneo- en nuestro continente y al mismo tiempo unidos a aquellos que no oyeron la razón paradigmática que la Literatura de nuestros indígenas expresaba como parte del discurso sobre el origen al que todos pertenecíamos. Y es que el silencio del discurso ocupador estaba devaluado por una interrupción en la comunicación que, con el origen, nos

hace posible mantener la Literatura. Operó entonces el trauma del símbolo pragmático en poder de la memoria pequeña, esa que se complace con hacerlo concepto y no axioma o cuerpo emparentado con las grandes emociones. Sin embargo, en lugar de enfrentarnos con reiteraciones discursivas que no actualizan el símbolo a través del acto imaginario que nos pone en consonancia con la raza humana que en definitivas resultamos, debemos enrumbar el camino por la ruta del diálogo con la palabra inicial, que aunque asumimos gráfica y fonéticamente de manera diversa, al final nos permitía una interpretación de los astros, los mares, los vientos, la zoogenia, la filogenia y humanidad total de una manera conflictiva y en estado de ensoñación que fue expresada por la capacidad imaginaria que como seres humanos habíamos emprendido de una forma unívoca y con las mismas posibilidades de asombro y fantasía. El Otro y Yo. América y Europa. El símbolo y el somos nuestra historia. Palabra y símbolo. Símbolo y existencia.

Podemos concebir, como en todas las culturas, una forma de ser de nuestros indígenas a través de una forma de ser de su Literatura. Esto, al mismo tiempo, nos permite vislumbrar un estado de coincidencia entre el comportamiento occidental en momentos coyunturales de su

historia y la palabra por ellos silenciada durante toda la etapa de conquista. Más aún, si consideramos que la Literatura propone un modelo ético de se resuelve en un estilo expresivo que tiene que ver con la vida, podríamos afirmar ineludiblemente que tal resolución ético-estético ha sido la razón de toda la expresión imaginaria que en ambos paradigmas raciales ha resuelto la diversidad axiomática en una forma de comportamiento en consonancia con una razón de ser el mundo. En el caso de nuestra ocupación nunca se ha podido llegar a la afirmación, digo pedagogizante, de que la Literatura Indígena, de alguna manera, ha negado siempre el discurso avasallante del ocupador. Ayer, como revancha ante una carencia de comunicación-imaginación que permitió la negación de lo que ellos podrían tener de complicidad humana con la raza integral, hoy como recurrencia racial que propone una rectificación a partir de la totalidad que están dispuestos a asumir. Y es que la Literatura, y con ello la de nuestros indígenas, -en una sola- ha significado un potencial constructor creador que frente a la traición, el odio, la humillación y la muerte que significó occidente, ha permitido la puesta en evidencia de todo un comportamiento cultural donde el discurso mortuorio ha negado la más grande simbología de la tierra y su

fecundidad. Al final ha persistido toda una forma simbólica, que dentro de la Literatura Indígena americana ha representado una expresión del diálogo del hombre con la voz originaria de la creación humana que tanto pervirtió y desconoció el europeo. Así, entonces, en lugar de ser nuestra escuela un sitio para odiar y llorar por sentimientos históricos aciagos, debe convertirse, como dijimos, en la clave para conocer nuestra cultura y nuestra raza, a través de la lectura de su literatura. Clave que, al mismo tiempo, serviría para conocer mejor ese futuro ante el cual ya, aquellos, han tenido que comenzar a reconocer, a amar y defender, en cuerpo y alma de alguna razón afortunada. Todo esto en una especie de didáctica intercultural que nos beneficiará a todos, al comenzar así el rompimiento de las barreras de la parcelación político cultural.

Podemos encontrar en todas las diversas manifestaciones literarias de nuestros Indígenas algunas especies de arquetipos simbólicos que hacen de ellas una especie de familia parafraseando a Jung y tratando de asumirlo como soporte, uno de tantos, para una lectura de esa literatura-perteneciente a una misma ancestralidad y que leídas con los elementos culturales que, en definitiva nos convierten en seres mestizos, permiten entronizarnos a la totalidad de la raza

humana, en esa especie de diálogo con la figura de la milenaridad genética aún no definida absolutamente. Permítaseme la ensoñación.

El fuego Origen. Dualidad. Luz. Padre/Madre. Prometeo en pos de la luz y el poder. Origen y dominio del mundo. Símbolo originario de la raza humana que desea su definición. Es quizás una referencia arquetipal que, tanto en la cultura del ocupante como en la de nuestros indígenas está presente recurrentemente. Me refiero a etnias como las Guajiras, Yukpas, Pemones y otros. En ellas podemos observar cómo el fuego es eso que Bachelard (1976) definía como Paraíso e Infierno, pero que en definitiva es, en esta contradicción de placer y dolor, amistad y respeto, uno de **"los principios de explicación universal"** Y es que en cada relato de nuestros indígenas el fuego la conciencia de la luz que orienta y da poder. De allí que, cual Prometeo occidental, el fuego actúa en ellos como símbolo de la historia por hacer. Recurrencia simbólica que convierte la expresión de lo imaginario en un estado de existencia tal que fulmina las divergencias políticas aunque sea resuelta la contradicción cultural en diversidad accional. Prometeo y Junuunay el guayú. Prometeo y el guarao Jecunu.

El Padre: Arquetipo del saber. Ley y transgresión. Premio y castigo. Luz y oscuridad. Poder y debili-

dad. Desde el hacha invisible de Osema en los indios Yukpas, con la que prueba la fidelidad y el poder del trabajo, pasando por el Maleiwa guajiro que guía a sus hijas en pos de la fecundidad, hasta el padre reptil que todo lo sabe, de los pemones. Podemos observar que esta categoría simbólica, en la Literatura de los indígenas latinoamericanos, está llena de la profunda diversidad que caracteriza la conducta constructora y lectora del mundo de los mismos. Sin embargo, en él se deposita la responsabilidad de dictar la ley, las conductas rectoras y las disposiciones éticas, junto con la capacidad de castigo, muerte y descalificación grupal. Por otra parte en él está la idea del conocimiento inicial que luego será enriquecida por la acción del grupo. El padre simbólico encierra a su vez la posibilidad de recurrir a la intuición del saber, pero al mismo tiempo, el instinto para la pérdida. Dios tutelar que posee para salvar y demonio que pierde al transgredirse la norma. Ley y transgresión. Poder dual que nos remite a lo más hermoso de la mitología greco-latina. Virtud y vicio. Arquetipo para un diálogo con el saber universal de la raza humana atemporalizada en la espacialidad de una cultura recurrente.

1_a Naturaleza: Madre múltiple. inicio de la creación. Fecundidad expansiva en tierra, aire y agua.

Zoomorfía y sombra. Podríamos decir que en lo más hermoso de nuestra Literatura Indígena el principio de la madre es el arquetipo esencial que completa el ciclo comunicacional con toda la raza humana milenaria. Desde el animal que se transforma en hombre, hasta el que por castigo o premio se convierte en váquiro, mosquito, tigre, paloma, o simplemente puede hablar y aprender o ser perdido por cualquiera de ellos que como entidad sabia, maligna o divina puede servir de modelo a quien lo busca desde los más recónditos deseos, temores o invocaciones. Es quizás esta zoogenia o zoomorfía una recurrencia al arquetipo más primitivo del ser humano. Por otra parte, lo emparenta con las definiciones que este plantea a partir de sus posibilidades evolutivas frente al fenómeno vital más cercano a su condición. Es el caso, al mismo tiempo, de la figura del viento como expresión de imagen móvil en donde las figuras de la solidaridad y el sueño toman el rostro del hombre poderoso que todo lo mueve en la literatura europea nórdica. Como también podría ser explicada la presencia de la oscuridad, el agua y la tierra. Máscara-demonio que infunde respeto en la caverna de la Majayura guajira o que pierde al yukpa en la muerte soñada. Río, lago o diluvio que purifica o convierte al perdido después del abrazo irreductible

con los contenidos insondables de corrientes, olas y aguaceros. Montañas abriéndose para permitir, al guajiro o al caribe, encontrar el sitio para la fecundación. Diálogo con eso que Arthur Clarke, en su extraordinaria novela **Una odisea espacial 2010**, planteaba de la aventura de aprender el ser humano como una aventura

que no ha terminado porque nunca pudo comenzar en ningún sitio. Quizás aventura definitoria del ser humano en todas partes, de alguna manera similar y pertinente, porque en todas partes estaba a punto de aprender a dominar el universo. A pesar del discurso del destructor y gracias a la expresión creadora.

Bibliografía

- BLAKE, William. **Antología**. Edit. Orbis. España, 1984.
- BACHELARD, Gaston. **El psicoanálisis del fuego**. Edit. F.C.E. México, 1976.
- CARRERA DAMAS, Germán. **Una nación llamada Venezuela**. Monte Ávila Editores. Caracas, 1991.
- DIJK, Teun van. **La ciencia del texto**. Edit. Paidós. España, 1989.
- FUENTES, Carlos. **Valiente mundo nuevo**. Edit. F.C.E. México, 1993.
- GALEANO, Eduardo. **Las venas abiertas de América Latina**. Edit. S.XXI. México, 1980.
- JAULIN, Robert. **La paz blanca**. Edit. Tiempo contemporáneo. México, 1973.
- **La descivilización**. Edit. Nueva imagen. México, 1977.
- LAS CASAS, Fray Bartolomé de. **Historia de las Indias**. Edit. F.C.E. México, 1951.
- MADRIZ, Ángel. **Literatura, lectura y enseñanza**. Ediciones de La Escuela de Letras de L.U.Z. Maracaibo, Venezuela. 1998.
- MARTÍ, José. **Antología**. Alianza Editorial. España, 1972.
- MONDOLFO, Rodolfo. **Problemas y métodos de investigación en la Historia de la Filosofía**. Edit. Eudeba. Argentina, 1960.
- MOSONYI, Esteban E. "El lugar de las Lenguas y Literaturas indígenas en el contexto de la Literatura venezolana" **Revista de L.U.Z.** No. 57. Maracaibo, 1977.
- SUZZARINI, Manuel. "A propósito de lo indígena". **Revista Cuello del Sol**. Maracaibo, 1988.
- THOMSON, George. **Marxismo y poesía**. Edit. Instituto Cubano del Libro. La Habana. Cuba, 1969.
- YEATS, William. **Ensayos y Poesía**. Edit. Orbis. España, 1983.

Correspondencia

Procedencia de los colaboradores de la Revista No. 37 (Instituto de Investigaciones Literarias y Lingüísticas)

Iliana Morales Gollarza

Instituto de Investigaciones
Literarias y Lingüísticas.
Facultad de Humanidades
y Educación de L.U.Z.

Oswaldo Larrazábal

Instituto de Investigaciones
Literarias de la Universidad
Central de Venezuela

Charles B. Moore

Gardner-Webb University.
Dept. Foreign Languages.
Box 997. **Boiling**
Springs NC 28017.
Telf.: (704) 434-2361.
Fax: (704) 434-4329
Carolina del Norte-EE.UU.

Gs =.. 1.;-;hrano

El Colegio **de México**.
Universidad de Los Andes.
Venezuela

I;ilia Rosc*mn de Lombardi

Instituto de Investigaciones

Literarias y Lingüísticas.
Facultad de Humanidades
y Educación. L.U.Z.

José Javier León

Escuela de Letras.
Facultad de Humanidades
y Educación. L.U.Z.

Víctor Bravo

Instituto de Investigaciones
Literarias "Mariano Picón Febres".
Universidad de Los Andes

Maylen Sosa Silva

Universidad Nacional
Experimental "Francisco
de Miranda". Coro-Venezuela

Ana García Chichester

Achiches@mwc.edu. 1301
College Avenue Frederick-Sburg,
Virginia 22401-5358
(540) 654-1032.
Fax: (540) 654-1070.
College Washington U.S.A.

Ángel Madriz Boscán

Escuela de Letras.
Facultad de Humanidades
y Educación de L.U.Z.